

JUAN DAL MASO



# LA REVOLUCIÓN DIPLOMATIZADA

## Crítica de la concepción estratégica y política de los “gramscianos argentinos”

*“Concebir el desarrollo histórico como un juego deportivo, con su arbitrio y sus normas preestablecidas, que deben ser respetadas lealmente, es una forma de historia con diseño, en la cual la ideología no se funda en el ‘contenido’ político, sino en la forma y el método de lucha. Es una ideología que tiende a debilitar la antítesis, a despedazarla en una larga serie de momentos, es decir, a reducir la dialéctica a un proceso de evolución reformista ‘revolución-restauración’, en la cual sólo es válido el segundo término, porque se trata de apuntalar continuamente desde el exterior a un organismo que no posee internamente razón propia de salud”.*

Antonio Gramsci

### A MODO DE INTRODUCCIÓN

Discutir sobre Gramsci implica discutir en torno al balance de los principales problemas estratégicos planteados por el marxismo durante el siglo XX. Pero también implica el análisis de las experiencias propias de un importante sector de la intelectualidad argentina y latinoamericana, que hizo de Gramsci su referencia teórica. Ambos registros se unen en la medida en que la reivindicación por los intelectuales argentinos y latinoamericanos de la pertinencia del pensamiento gramsciano para comprender la realidad de nuestro subcontinente, va de la mano con la reivindicación de Gramsci como una tercera vía entre el stalinismo y la teoría de la revolución permanente de León Trotsky<sup>1</sup>.

1. Para profundizar en estos aspectos, ver “Trotsky y Gramsci. Convergencias y Divergencias” de Emilio Albamonte y Manolo Romano en *Estrategia Internacional* N° 19, enero de 2003.

En este trabajo debatiremos con esos intentos de apropiación, abordando críticamente las elaboraciones de Juan Carlos Portantiero y José María Aricó, que han sido fundamentales animadores del debate gramsciano en nuestro país<sup>2</sup> y en América Latina. Por último, polemizaremos con la lectura de Raúl Burgos<sup>3</sup> sobre el “novedoso descubrimiento de la democracia” por el grupo *Pasado y Presente* en su última etapa y su lectura de Gramsci como precursor del posmarxismo a través de la teoría de la hegemonía, sin centralidad de la clase obrera. Para esto, partiremos de una serie de consideraciones acerca del pensamiento político de Gramsci, poniendo especial atención en su abordaje de la estrategia para la revolución<sup>4</sup>.

## I LAS HIPÓTESIS ESTRATÉGICAS DE LOS CUADERNOS DE LA CÁRCEL

Intentaremos entonces reconstruir la visión de Gramsci acerca de la “geografía política” de la revolución mundial y las estrategias específicas que consideraba adecuadas para las distintas áreas del planeta, haciendo hincapié en Europa Occidental, la URSS, Asia y América Latina. Sobre esa base intentaremos abordar más detalladamente los nudos del debate planteado.

Como ya han señalado distintos autores, la distinción entre “Oriente” y “Occidente” alude fundamentalmente a coordenadas históricas y políticas. En los *Cuadernos de la Cárcel*, lo que distingue a Oriente de Occidente es la envergadura de la sociedad civil y su relación con el Estado. En Oriente (Rusia) un Estado autocrático se sostenía sobre la base de una sociedad civil en estado gelatinoso, primando la coerción por sobre el consenso, por lo cual la debilidad de la burguesía en cohesionar bajo su dirección a las masas populares había permitido la toma del poder por la clase obrera y los bolcheviques.

2. Para un análisis de las distintas etapas del grupo Pasado y Presente, desde el punto de vista de la relación establecida entre los intelectuales y la política, ver Ariane Díaz, “Un Inventario, dos legados” en *Lucha de Clases* N° 5, julio 2005, julio 2005.

3. Raúl Burgos, *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*, Bs. As., Siglo XXI, 2003.

4. “La idea de una estrategia revolucionaria se ha consolidado en los años de la postguerra, al principio, indudablemente, gracias a la afluencia de la terminología militar, pero no por puro azar. Antes de la guerra no habíamos hablado más que de la táctica del partido proletario; esta concepción correspondía con exactitud suficiente a los métodos parlamentarios y sindicales predominantes entonces, y que no salían del marco de las reivindicaciones y de las tareas corrientes. La táctica se limita a un sistema de medidas relativas a un problema particular del orden del día o a un dominio determinado de la lucha de clases, mientras que la estrategia revolucionaria se extiende a un sistema combinado de acciones que en su relación, en su sucesión, en su desarrollo deben llevar al proletariado a la conquista del poder”. León Trotsky, *La Internacional Comunista desde la muerte de Lenin*, Bs. As., Materiales Sociales, 1973, p. 130.

Luego de la toma del poder y la guerra civil, ya en pleno Thermidor soviético, con el viraje hacia la Neo-NEP por parte de Stalin y Bujarin, para Gramsci se planteaba mantener la alianza obrero-campesina, ejercitando la hegemonía en régimen de NEP<sup>5</sup>, para lo cual teorizaba que la clase obrera puede ser políticamente dominante aún a costa de hacer sacrificios de orden económico-corporativo, incluso viviendo una situación social de clase subordinada: “jamás en la historia se ha visto que una clase dominante estuviera en su conjunto en condiciones de vida inferiores a las de determinados elementos y estratos de la clase dominada y sujeta. Esta contradicción inaudita es la que ha reservado la historia para el proletariado; en esta contradicción se encuentran los peligros mayores para la dictadura del proletariado, especialmente en los países en los cuales el capitalismo no había alcanzado un gran desarrollo ni había conseguido unificar las fuerzas productivas [...] Pero el proletariado no puede llegar a ser clase dominante si no supera esa contradicción con el sacrificio de sus intereses corporativos, no puede mantener la hegemonía y su dictadura si no sacrifica, incluso cuando ya es dominante, esos intereses inmediatos a los intereses generales y permanentes de la clase”<sup>6</sup>. Con estos fundamentos, tomó posición contra la Oposición Conjunta, que planteaba la industrialización, para resolver el problema de las “tijeras” entre los precios agrícolas y los industriales, para fortalecer la posición social de la clase obrera y una política para el campo que hacía hincapié en la alianza de la clase obrera con el campesinado pobre para hacer un bloque con los campesinos medios contra los *kulaks* (campesinos ricos). Si bien esta carta fue escrita antes de la redacción de los *Cuadernos*, es una postura que Gramsci sostuvo también durante su

5. Después de tres años de “Comunismo de Guerra”, los bolcheviques se plantearon la Nueva Política Económica (NEP) como una retirada táctica, impuesta por las circunstancias, para crear las condiciones de un avance posterior. Se proponían recomponer la economía campesina y por ende la relación del poder soviético con los campesinos. Para esto la NEP reintroducía el mercado en el campo, le daba a los campesinos la posibilidad de comerciar y se establecía un impuesto en especie que ponía límite a la acumulación capitalista, a la vez que se prohibía vender o arrendar las tierras, que habían sido nacionalizadas por el poder soviético. La palanca fundamental para desarrollar esta política era la existencia del estado soviético que, además de los impuestos que cobraba, ejercía el monopolio del comercio exterior. Este monopolio, permitía al Estado obrero mantener el control sobre la economía, impidiendo que se formara un bloque entre el capital extranjero, la nueva burguesía surgida al calor de la NEP como intermediaria entre el campo y la ciudad, y los campesinos acomodados. Sin embargo, de la mano del proceso de burocratización del partido y el Estado se fortalecieron los elementos pro-capitalistas surgidos al calor de la NEP. Entre 1925 y 1928, de la mano de Bujarin y Stalin, el Estado soviético va hacia una Neo-NEP, debilitando los mecanismos de control y promoviendo el enriquecimiento de los campesinos acomodados.

6. Antonio Gramsci, “Carta al CC del PCUS” (14 de octubre de 1926), en *Antología*, Bs. As., Siglo XXI, 2001, pp. 205/6.

encarcelamiento y tiene una presencia muy fuerte en toda la temática gramsciana de la relación entre superación del momento económico-corporativo y construcción de hegemonía.

En Occidente, por el contrario, la burguesía era una clase más fuerte. El dominio estatal burgués era expresión de un dominio de clase fuertemente estructurado desde lo social, lo cual permitía a la burguesía gozar del consenso de amplios sectores populares, que se expresaba en el predominio del reformismo en el movimiento obrero. Para Gramsci, las sólidas trincheras erigidas por la clase dominante en la sociedad civil imponían una guerra de posiciones, que Gramsci identificaba con la política del Frente Único, diseñada por la III Internacional en 1921. Volveremos sobre este tema más adelante.

En cuanto al continente asiático, si bien no tiene la misma centralidad que Europa Occidental en sus reflexiones de los *Cuadernos*, Gramsci mantenía un fuerte interés por China y Japón, que estaba relacionado con el problema del rol de los intelectuales en la vida nacional. Prestaba especial atención al sunyatsenismo como elemento constitutivo de la cultura china contemporánea. En ese contexto, Gramsci hace alusión a los vaivenes de la vida política china. En sendas notas sobre la cultura china, señala cuáles son a su entender las tareas del proceso revolucionario chino y cuáles son las vías para su realización: la unificación nacional, a través de la convocatoria de un Convención pan-china. Decía: “La guerra incesante de los generales es una forma primitiva de manifestarse del nacionalismo contra el cosmopolitismo: no será superada, es decir no tendrá fin el caos militar-burocrático sin la intervención organizada del pueblo en la forma histórica de una Convención pan-china”. En otra nota sostiene que después de la defeción del nacionalismo chino, cuya expresión política era el Kuomintang, ante las fuerzas más reaccionarias, la convocatoria de dicha Convención sólo podía ser producto de una “revolución nacional de masas”<sup>7</sup>.

América Latina, por su parte, es descrita en los *Cuadernos* como atravesando un período de *Kulturkampf* y de proceso Dreyfuss “una situación en la cual el elemento laico y civil no ha superado la fase de la subordinación a la política laica del clero y de la casta militar”<sup>8</sup>.

Resumiendo, el mapa gramsciano de la revolución mundial limitaba la revolución obrera a Europa occidental y Rusia. En la primera se planteaba la guerra de posiciones, mientras que en la segunda la “hegemonía en régimen de NEP”. En el mundo colonial y semicolonial, para Gramsci todavía estaban planteadas las tareas propias de la constitución de un Estado moderno, es decir de la revolución democrático-burguesa, más allá de si Gramsci imaginaba movimientos revolucionarios de carácter popular, como en China, o procesos más mediatizados por el Estado, como en América Latina.

7. Antonio Gramsci, “Noterelle sulla cultura cinese”, *Cuaderni del Carcere*, Edizione critica dell'Istituto Gramsci a cura di Valentino Gerratana, Torino, Einaudi, 2001, pp. 557-564.

8. Antonio Gramsci, “Gli Intelletuali”, *Cuaderni del Carcere*, op cit, p. 482.

¿Cuáles son los límites estratégicos de la visión de Gramsci? En primer lugar, divide el proceso de la revolución en la periferia del proceso de la revolución en el centro. De esta forma establece una relación estática entre los países rezagados, donde las tareas revolucionarias se limitarían a las transformaciones democrático-burguesas (unidad nacional, reparto agrario, constitución del Estado) y los países “avanzados” en los cuales estaría planteada la revolución obrera. Sin embargo, sus análisis sobre China van en contra de la evidencia histórica de la revolución china, que ya en 1925-27 se había manifestado como un proceso en el cual la clase obrera urbana jugaba un rol de vanguardia, organizando la lucha contra la reacción, el imperialismo y los propios generales nacionalistas, uniendo la lucha nacional con la lucha obrera por el poder estatal. Al momento en que Gramsci escribe sus notas sobre China, la situación se ha complejizado: la clase obrera tiene sobre sí el peso de la derrota del proceso del ‘27 y en el campo se desarrolla la llamada “Guerra Revolucionaria Agraria” en la que los campesinos organizados por el PC enfrentan al Ejército del Kuomintang. Si bien dista de ser un proceso con hegemonía obrera, es expresión de una situación bastante más avanzada en términos revolucionarios que un simple “caos militar-burocrático”, que vuelve insuficiente la política de “Convención pan-china” y “revolución nacional”, ésta última compartida con el stalinismo, incluido Mao. En el mismo sentido, sus observaciones sobre la realidad latinoamericana prescinden de la presencia de una joven clase obrera, que en países como Argentina, Chile, Perú o Brasil ya había dado importantes combates de clase.

En segundo lugar, su visión de la situación de la URSS, al hacer hincapié en mantener el consenso de las masas campesinas sin atender a su diferenciación interna y a la necesidad del fortalecimiento estructural y político de la clase obrera soviética, es tributaria de la posición gradualista y neo-populista de Bujarin, que suponía la atenuación de las contradicciones entre la clase obrera y los sectores proto-capitalistas que cobraban fuerza al calor de la Neo-NEP, a partir de darle concesiones a éstos últimos, en el mismo momento en que dichas contradicciones tomaban cuerpo de forma dramática.

Los límites de la lectura de Gramsci sobre los procesos de que se componía la revolución mundial están relacionados con una cuestión metodológica central: la tendencia de Gramsci a priorizar el análisis nacional por sobre el internacional. Porque fue la existencia de una economía mundial lo que modificó las relaciones entre países “avanzados” y “atrasados”, al dar impulso al surgimiento de clases obreras fuertemente estructuradas en el proceso de producción y extendidas en el conjunto de la geografía nacional con predominancia en los centros urbanos en los países históricamente rezagados. Esta situación es la que plantea la posibilidad de la toma del poder por la clase obrera, incluso en un país donde las premisas materiales para la construcción del socialismo sean insuficientes, como señalaba Trotsky en *La Revolución Permanente* y otros trabajos.

En los análisis de Gramsci, la totalidad de la economía mundial en relación con la cual se constituyen las combinaciones peculiares nacionales es remplazada por una suma de situaciones nacionales o regionales desligadas. En este aspecto, Gramsci se ciñe a los límites de las elaboraciones tempranas de la III Internacional sobre el problema colonial, empeoradas por el proceso de degradación centrista burocrático de dicha organización, a partir de 1924<sup>9</sup>.

## II

### GRAMSCI, PASO A PASO: UNA ESTRATEGIA GRADUALISTA

La experiencia de *Pasado y Presente* es central a la hora de analizar el derrotero de Gramsci en América Latina. El grupo animado por José Aricó jugó un papel fundamental en la difusión del pensamiento de Gramsci, así como de diversos aspectos del debate marxista, durante los '60 y '70. Durante la experiencia del exilio intentaron reformular sus posicionamientos políticos previos, utilizando para esto el cuerpo teórico gramsciano. Entre su producción teórica se destacan dos trabajos, además de *Marx y América Latina* de Aricó: *Los usos de Gramsci* y *La Cola del Diablo*. En ambos están presentes las claves de interpretación del pensamiento de Gramsci más difundidas en el ámbito latinoamericano.

*Los usos de Gramsci* de Juan Carlos Portantiero y *La Cola del Diablo* de José Aricó, expresan dos momentos fundamentales de la apropiación y elaboración en torno al pensamiento de Gramsci en América Latina. *Los usos de Gramsci*, escrito durante el exilio mexicano de su autor, expresa una transición entre las aspiraciones setentistas y el viraje posterior de los miembros de Pasado y Presente al campo de la democracia burguesa, del que Portantiero fuera un actor destacado, si cabe la expresión. El libro tiene un carácter de “reflexión desde la derrota” cuyas conclusiones combinan la adhesión formal a la revolución con la interpretación del pensamiento gramsciano en clave gradualista.

*La Cola del Diablo* fue escrito por Aricó en pleno auge del posmodernismo, el cual impactó en las filas de los intelectuales gramscianos, quienes llegaron a preguntarse por el sentido de seguir pensando con las claves dadas por el comunista italiano. En ese contexto, Aricó trazaba las coordenadas históricas, políticas e ideológicas de la experiencia de Pasado y Presente y señalaba el rol que tuvo la apropiación del pensamiento de Gramsci por los intelectuales latinoamericanos como punto de partida para una izquierda que concibiera la democracia (burguesa) como antesala ineludible del socialismo, luego de la derrota del ascenso obrero y popular de

9. Ver Juan Dal Maso, “La ilusión gradualista” en *Lucha de Clases* N° 7, junio de 2007.

los '70. Ambos trabajos establecen las líneas generales de interpretación que, *grosso modo*, se volvieron hegemónicas en América Latina: la guerra de posiciones como estrategia gradualista de conquista del poder, una lectura "politicista" de las relaciones entre Estado y sociedad civil y por ende, una visión que diluye a la clase obrera en los "movimientos nacionales", considerando la identidad "populista" como un paso necesario, que requiere la "participación desde adentro" para su superación "orgánica".

### PORTANTIERO Y LA GUERRA DE POSICIONES

Portantiero sostenía que Gramsci había sido el único marxista que comprendió las mutaciones del poder estatal burgués durante los años '20 y '30. Frente al desafío de la revolución rusa, el capitalismo respondía con una "revolución pasiva" que tenía en la República de Weimar su expresión política y en el fordismo-americanismo su expresión industrial-cultural. En ese contexto, para Portantiero, Gramsci fue el único que desarrolló hasta el final las consecuencias de la política del frente único, adoptada por la III Internacional en 1921: "Nuestra propuesta implica ver a su obra como el testimonio ideológico y político de *una estrategia de largo alcance para la conquista del poder*; como el desarrollo más consecuente de las hipótesis planteadas en el III y en el IV Congresos de la Internacional Comunista (1921 y 1922), que supone la revisión primera de los planteos clásicos de 'toma del poder', inscritos en la acción de los bolcheviques en 1917. Revisión que en otras condiciones Mao realizará en los hechos y que en su desarrollo incluye, además, otras modificaciones sustantivas: no jacobinismo de los partidos, formas diferentes de plantear la relación entre espontaneidad y consciencia, vigorización de la autonomía de los 'movimientos de masas' frente a las 'vanguardias políticas', necesidad de análisis pormenorizados de cada sociedad nacional como sistema hegemónico particular"<sup>10</sup>. Veremos que en la óptica de Portantiero, estas "modificaciones sustantivas" se traducen en una concepción de cambio gradual de la sociedad. Pero tenga paciencia el lector.

Portantiero señalaba que la unidad del pensamiento de Gramsci no está dada por tal o cual concepto sino por una concepción sobre la revolución y la estrategia para llevarla al triunfo. En ese contexto, Portantiero planteaba que la apuesta estratégica de Gramsci pasa por el "diseño de una estrategia no reformista ni insurreccionalista de la toma del poder". "¿Cuál es esa estrategia política? –continúa. Él mismo la define, en términos militares: la de la 'guerra de posiciones', como alternativa frente a la 'guerra de maniobras'. Gramsci reflexiona el pasaje de una a otra, a partir de la terminación del ciclo de ofensiva revolucionaria que vivió Europa entre la Primera

10. J. C. Portantiero, *Los usos de Gramsci*, Bs. As., Grijalbo, 1999, pp. 82/3. Subrayado mío.

Guerra Mundial y –para dar una fecha indicativa– el fracaso de la insurrección alemana de marzo de 1921. Detrás de esa derrota se acumularon varias: en Alemania en 1919 y 1921, en Hungría en 1919, en la propia Italia en 1921 y en Varsovia ese mismo año, cuando el ejército rojo es detenido frente a la capital polaca y obligado a retroceder”<sup>11</sup>.

### **UNA FALSA CONTRAPOSICIÓN: FRENTE ÚNICO VS ESTRATEGIA BOLCHEVIQUE**

Según el argumento de Portantiero, desarrollar consecuentemente las conclusiones que se desprenden de la política de Frente Único implica revisar “los planteos toma del poder”. Veremos que esta posición implica transformar la táctica en estrategia. Es decir, renunciar a la estrategia a favor de la táctica, lo cual significa formar parte por omisión de la estrategia de los aliados/adversarios. Pero antes, recapitulemos un poco.

La Internacional Comunista hizo, efectivamente, un viraje político en función de un hecho evidente. Los intentos revolucionarios en Europa Occidental habían sido derrotados porque la socialdemocracia se había ubicado como garante del orden burgués, pero la debilidad de los partidos comunistas no les había permitido a los mismos modificar las relaciones de fuerzas. En ese contexto, la política del Frente Único apuntaba a la conquista del poder, previa conquista de las masas, a partir del llamado a la socialdemocracia para la lucha en común por las reivindicaciones de la clase obrera. Esta política apuntaba a unir las filas obreras ante la situación de retroceso y a la vez acelerar la experiencia de los obreros con su dirección reformista.

En sus intervenciones en defensa de las tesis de Frente Único, Lenin señalaba que en Rusia la guerra imperialista había acelerado la preparación de la revolución, permitiendo a los bolcheviques ganarse a las masas, condición todavía no alcanzada por los comunistas de occidente. En este sentido, la política de Lenin se desmarcaba de los ultraizquierdistas que llamaban a pasar a “la ofensiva” cuando la situación de la lucha de clases era de retroceso y los partidos comunistas de Europa Occidental eran débiles todavía en el movimiento obrero. Haciendo omisión del debate real desarrollado en el III Congreso de la Internacional Comunista, Portantiero amalgamó las posturas “ultraizquierdistas” con la estrategia bolchevique de toma del poder por la clase obrera y opuso esa amalgama al Frente Único, cuando fue el mismo Lenin quien defendió la política de Frente Único contra los ultraizquierdistas.

Ahora bien, ¿es correcta en términos teóricos la contraposición entre Frente Único y estrategia bolchevique? ¿En qué sentido el Frente Único puede ser una nueva estrategia que reemplace a la de toma del poder por la clase obrera? Para abordar este debate es necesario señalar que el Frente Único no sólo se da

11. *Ibidem*, p. 85.

en situación de lucha defensiva de los trabajadores. Tomemos el ejemplo de la revolución rusa, que es la madre de la estrategia bolchevique. Los soviets son una institución de frente único de la clase trabajadora abierta a todas sus tendencias políticas. Su existencia marca el surgimiento de una situación de dualidad de poderes entre el poder burgués y el naciente poder obrero. Sin embargo, el frente único por sí mismo no puede resolver el problema de quién detenta el poder del Estado, dado que en la clase obrera conviven tendencias políticas reformistas y revolucionarias y por ende distintas estrategias. Por eso, entre febrero y octubre los soviets fueron conciliadores con el poder burgués bajo la dirección de los mencheviques y los eseristas y sólo se dio la toma del poder por la clase obrera cuando los bolcheviques ganaron la dirección de los soviets. Es decir, ni la forma más avanzada, ofensiva y radicalizada de frente único puede remplazar la tarea de un partido revolucionario, es decir, el frente único no remplaza a la estrategia bolchevique, así como la dualidad de poderes no garantiza el triunfo del poder obrero.

### **TÁCTICA Y ESTRATEGIA: LAS DESVIACIONES DEL FRENTE ÚNICO**

Sin embargo, la cuestión se complejiza porque el debate político en torno al Frente Único no se saldó de una vez y para siempre en el III Congreso de la IC. Con su indiscutible autoridad, *Lenín y Trotsky habían derrotado a los ultraizquierdistas pero no los habían convencido*. En este marco, la política de Frente Único estuvo sujeta a una guerra de interpretaciones entre los ultraizquierdistas refractarios al frente único y las “alas derecha” que no tardarían en surgir.

El ala derecha del PC alemán y la III Internacional tenía una interpretación casi reformista del frente único, mientras los ultraizquierdistas, tenían una interpretación sectaria, pasiva y meramente denunciante, del “frente único por abajo” o de los llamados testimoniales con el sólo fin de demostrar la negativa de la socialdemocracia a la unidad con los comunistas. Esta posición tuvo mucho peso en el KPD durante los años ‘20. En este marco, la línea leninista se desvirtuaba entre las presiones a la pérdida de independencia respecto de la socialdemocracia y el sectarismo de las alas de “ultraizquierda”, introduciendo confusión. Estas oscilaciones no se limitaban a ciertos partidos comunistas. La línea del Frente Único facilitaba el trabajo entre las masas obreras, pero también creaba la presión de llevar el frente único “hasta el final” perdiendo la independencia de los partidos comunistas.

Los debates políticos al interior del KPD son paradigmáticos en este sentido<sup>12</sup>. Bajo el fuego permanente del ala ultraizquierdista, el KPD había

12. Para un análisis más profundo de estos debates, ver Milos Hajek, *Historia de la Tercera Internacional, la política de frente único (1921-1935)*, Barcelona, Crítica, 1984.

planteado la consigna de “gobierno obrero” como exigencia y desenmascaramiento de la socialdemocracia, que buscaba la alianza con los burgueses democráticos y como forma de popularizar la dictadura del proletariado. Las tareas del gobierno obrero serían las de armar a la clase obrera y enfrentar a la reacción y en ese sentido sentar las bases de la dictadura del proletariado. Era un intento de prefigurar un camino posible para la revolución en Alemania, que no podía pensarse sin vencer a la socialdemocracia en la disputa por las masas obreras. El planteo tenía un carácter transicional en la medida en que, planteando la ruptura con la burguesía y el armamento de los obreros, estaba destinado a que los obreros completaran la experiencia con el reformismo y avanzaran en una perspectiva revolucionaria. Sin embargo, esta política también traía consigo la presión de transformar la consigna del gobierno obrero en la piedra angular de una interpretación gradualista del acceso al poder: primero el frente único, luego el gobierno obrero, luego la dictadura de la clase obrera. Hacia esa interpretación se deslizaba la política del ala derecha del KPD.

Entonces, la reivindicación de Portantiero del III y IV Congresos de la IC como revisionistas de la estrategia bolchevique, consta de dos elementos. El primero ya lo hemos señalado: la amalgama de bolchevismo y ultraizquierdismo, para oponer frente único y estrategia bolchevique. Hemos señalado que esa amalgama se basa a su vez en la resistencia contra la política de Frente Único por las alas “ultraizquierdistas” que tuvieron un peso considerable, en el sentido de que aunque no lograran volverse hegemónicas sí lograban sabotear en determinadas circunstancias las orientaciones propuestas por la III Internacional. El segundo elemento de la interpretación de Portantiero es la tendencia a transformar erróneamente el frente único en una estrategia, posición que también existía al interior de la Internacional Comunista. Hemos señalado en el apartado anterior por qué es incorrecta desde el punto de vista marxista esa posición. Debemos agregar que no es un invento de Portantiero, sino que fue una presión política real creada por el desarrollo de la política del Frente Único.

El posterior deterioro impuesto a la IC por la burocratización asignó líneas zigzagueantes a la política del Frente Único. EL V Congreso (1924) impuso frentes únicos con sectores de las burguesías nacionales, justificados paradójicamente con caracterizaciones ultraizquierdistas de la situación, desconociendo la derrota de la revolución alemana y hablando de una supuesta radicalización de los campesinos. Esta política, que impuso al PC chino la subordinación al nacionalismo burgués, tuvo un alto costo con la derrota de la revolución china. En el período abierto por el VI Congreso (1928), bajo la creciente stalinización, la IC pasó a negar la política de frente único (“tercer período”), acusando de “socialfascistas” a los reformistas, política que desarmó completamente al proletariado alemán frente al ascenso de Hitler en 1933. Dos años después, el VII Congreso

proclamaba el frente único con los partidos de la burguesía “democrática”, postulando a su vez el “gobierno de frente único” entre los PC y dichas corrientes burguesas. Esta es la matriz estratégica en la que se formaron los miembros de Pasado y Presente. No en vano, José Aricó reivindicaba el VII Congreso de la IC stalinizada, que impuso la estrategia de “frente popular” con la burguesía democrática<sup>13</sup>.

Contra esa degradación, Trotsky luchó por restablecer el programa marxista en la IC hasta 1933, año en que ni el PC alemán ni la IC sacan ninguna conclusión de su desastrosa pasividad frente al ascenso de Hitler. En su crítica del programa del VI Congreso de la IC y en sus escritos sobre la lucha contra el fascismo alemán, reestableció la importancia del frente único desde un punto de vista de clase, diferenciando claramente los planos de la táctica y la estrategia en el sentido antes apuntado.

### **GUERRA DE POSICIÓN Y DE MANIOBRA EN LA DINÁMICA DE LA LUCHA DE CLASES**

Gramsci identificaba la adopción de la política de Frente Único con el pasaje de la guerra de maniobras a la guerra de posiciones, más adecuada para las condiciones dadas en Europa Occidental. Incluso, en un conocido texto de los *Cuadernos* ensaya una defensa de su posición en contrapunto contra la teoría de la revolución permanente, mal entendida como una teoría del “ataque frontal”. En este sentido Gramsci, contraponía a Lenin y Trotsky: “Me parece que Ilich [Lenin] había comprendido que era necesario un cambio de la guerra de maniobra aplicada victoriosamente en Oriente en el ‘17, a la guerra de posición, que era la única posible en Occidente [...] Este me parece el significado de la fórmula del ‘frente único’ [...] La teoría de Bronstein [Trotsky] puede ser parangonada a las de ciertos sindicalistas franceses sobre la huelga general y a la teoría de Rosa [Luxemburgo]”<sup>14</sup>.

Pero, contrariamente a lo que dice Gramsci, Trotsky había señalado en su momento la diferencia entre Rusia y Europa Occidental en cuanto a las características específicas del proceso revolucionario, en un sentido que es retomado por Gramsci, aunque debatiendo con una postura falsamente atribui-

13. “La consigna de ‘clase contra clase’ allí impuesta [se refiere al VI Congreso de la IC, N.d.R.] que concluía en la individualización de las corrientes socialistas y socialdemócratas de la clase obrera y de los movimientos nacionalistas revolucionarios y reformistas de los países dependientes y coloniales como los enemigos fundamentales del proletariado, es sustituida por otra de signo contrario que alentaba la formación de amplios frentes de lucha contra el fascismo y el imperialismo (esto último por lo menos en el período que va de 1935 a 1939)”. José Aricó, “Introducción” a *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*, México DF, Pasado y Presente, 1980, p. XXVIII.

14. Antonio Gramsci, “Guerra di posizione e guerra manovrata o frontale”, en *Cuaderni del Carcere*, op. cit., pp. 865/6.

da al revolucionario ruso: “La revolución proletaria en Occidente tendrá que habérselas con un Estado burgués enteramente formado. No quiere ello decir, empero, que tenga que habérselas con un aparato estable, porque la misma posibilidad de la insurrección proletaria presupone una disgregación bastante avanzada del Estado capitalista. Si entre nosotros fue la revolución de Octubre una lucha contra un aparato estatal que aún no había tenido tiempo de formarse desde Febrero, en otros países la insurrección tendrá contra ella un aparato estatal en trance de dislocación progresiva. Como regla general, conforme hemos dicho en el IV Congreso de la Internacional Comunista, cabe suponer que sea mucho más fuerte que entre nosotros la resistencia de la burguesía en los antiguos países capitalistas, y el proletariado obtendrá con mayor dificultad la victoria. En cambio, la conquista del Poder le asegurará una situación mucho más firme, mucho más estable que la nuestra a raíz de Octubre. Entre nosotros no se desarrolló de veras la guerra civil hasta después de la toma del Poder por el proletariado en los principales centros urbanos e industriales, y duró los tres primeros años de existencia del poder soviético. Hay muchas razones para que en la Europa central y occidental cueste al proletariado más trabajo apoderarse del Poder; pero, después de conquistarlo, tendrá las manos mucho más libres que nosotros”<sup>15</sup>.

Esta situación diferente que se planteaba en Europa Occidental, que impuso a los partidos comunistas un pasaje “del asalto al asedio”, parecería dar la razón a Gramsci en cuanto al ocaso de la guerra de maniobras y el pasaje a la guerra de posiciones como forma predominante del enfrentamiento de clases. Sin embargo, en el pensamiento de Lenin y Trotsky, que Gramsci contraponen erróneamente, ya que defendieron juntos la misma política en el III Congreso, el asedio era la preparación para el asalto del futuro, que no podía reemplazarse por la mera acumulación de fuerzas. En este sentido, la lucha de clases europea puso a prueba el esquema gramsciano antes de que fuera delineado por el comunista italiano.

El 11 de enero de 1923, las tropas francesas y belgas, alegando el incumplimiento de Alemania de las deudas reconocidas en el tratado de Versalles, invadieron la cuenca del Ruhr. El gobierno alemán declaró la resistencia pasiva. Las empresas de la zona ocupada se negaban a trabajar para los franceses. La crisis económica no tardó en llegar y con ella la inflación. Esta situación generó una gran agitación en la clase obrera alemana. En mayo hubo una oleada de huelgas en la cuenca del Ruhr. Los comunistas alemanes vieron crecer sus fuerzas a un ritmo desconocido hasta el momento desde la derrota de la Acción de Marzo de 1921. El 11 de agosto estallaba la huelga general en Berlín y para Octubre la revista político-militar del KPD declaraba cien mil efectivos organizados en “centurias proletarias” para enfrentar la fuerza de choque fascista<sup>16</sup>.

15. León Trotsky, “Lecciones de Octubre”, en *Teoría de la Revolución Permanente (compilación)*, Bs. As., CEIP, 2005, pp. 240/1.

16. Milos Hájek, op. cit., pp. 81-86. El autor señala que la cifra puede ser exagerada.

El KPD venía desarrollando la política de frente único, logrando mejorar su relación con la base obrera de la socialdemocracia. Pero ante una crisis de gran envergadura como la que se había generado, se imponía un cambio de orientación hacia la preparación de la insurrección. En el marco de las vacilaciones de la dirección del KPD y la poca o nula ayuda recibida por la facción predominante en el PCUS (Zinoviev-Kamenev-Stalin), se organizó la insurrección. La táctica sería la entrada de los comunistas al gobierno de Sajonia, junto con la socialdemocracia, para desde ahí organizar la acción insurreccional, con el paraguas de la necesidad de defensa frente a las agresiones de los reaccionarios contra el gobierno de Sajonia. El 10 de octubre, los comunistas entraron al gobierno de Sajonia y días después en el de Turingia. El 17, con acuerdo de la socialdemocracia las tropas de la *Reichwehr* entraban en Sajonia, para hacer cumplir la orden de disolver las centurias proletarias.

El 21 de octubre la conferencia de los consejos de empresa de Sajonia lanzó el llamamiento a la huelga general, que se transformaría en insurrección. La socialdemocracia exigió revocar el llamamiento bajo amenaza de romper el frente único<sup>17</sup>. En la hora decisiva, el dirigente del KPD, Brandler, cedió a la presión de los socialdemócratas, revocó el llamamiento a la huelga general y abortó el levantamiento, saliendo a la lucha solamente los comunistas de Hamburgo, que fueron aplastados.

La crisis del Ruhr es un ejemplo más que pertinente para la discusión estratégica acerca de las relaciones entre guerra de maniobra y guerra de posiciones. Porque la guerra de posiciones prima por sobre la guerra de maniobra, el asedio por sobre el asalto, en la medida en que la acumulación de fuerzas sea insuficiente para pasar de la posición a la maniobra, en términos políticos, de la conquista de las masas a la conquista del poder. Entre ambos momentos media el desarrollo del partido revolucionario en el seno de la clase obrera, la constitución de sus organismos de base que unan a la clase más allá de las divisiones corporativas y la preparación para el combate, que Gramsci englobaba en el término “guerra subterránea”<sup>18</sup>. En ese sentido, durante el período que va de la Acción de Marzo a la crisis del Ruhr la guerra de posición (conquista de las masas a través del frente único) primaba sobre la de maniobra (huelga general, insurrección y conquista del poder). Sin embargo, durante la crisis de 1923, la guerra de posiciones era insuficiente para hacer frente al cambio de situación, por lo cual el KPD fue derrotado, al atarse a la vieja orientación, como señaló en su momento Trotsky. Esto no quiere decir que el KPD hubiera tenido la victoria asegurada, sin embargo, su temor a romper el frente único, cuando este se transformaba en un elemento conservador lo dejó inerte frente a la

17. *Ibidem*, pp. 88/9.

18. Antonio Gramsci, “Lotta política e guerra militare”, *Cuaderni del Carcere*, op. cit., p.122.

situación revolucionaria<sup>19</sup>. El peso de la derrota por haber dejado pasar la oportunidad cambió toda la dinámica de la lucha de clases europea durante los años siguientes. Esta “crisis del partido en las vísperas del tránsito a la insurrección”, como la definía Trotsky, complejizaba la cuestión: no sólo era necesario dar cuenta de las características específicas de la revolución en “Occidente”, también era necesario saber dar a tiempo el viraje cuando las condiciones plantearan pasar de la guerra de posición a la de maniobra.

En su crítica a la sociología positivista (y a Bujarin que le hacía concesiones), Gramsci señalaba que la “ley de los grandes números” no puede dar cuenta de la sociedad concreta, cruzada por la lucha de clases. Gramsci criticaba los análisis que suponen una serie de variables y correlaciones estables en la estructura social, como si la sociología fuese una ciencia exacta, y desconocen el paso de la cantidad a la calidad que se da al surgir la lucha de clases, que modifica la pasividad de las masas. En un sentido, esta misma crítica puede aplicarse a las relaciones que establece Gramsci entre la guerra de posiciones y la de maniobra. Porque si, como afirma el propio Gramsci, se puede prever que habrá lucha pero no los momentos concretos de la lucha en todos sus detalles, no se puede entonces dictaminar de antemano que el desarrollo de la lucha de clases no superará el estadio en el cual se impone la guerra de posiciones. La dinámica ascendente de la lucha de clases puede modificar los esquemas tácticos previos y poner a la orden del día la resolución de los problemas estratégicos.

Cuando Gramsci teorizaba sobre la guerra de posiciones, ya habían pasado varios años de la crisis del Ruhr, pero no tomaba en cuenta sus lecciones (así como tampoco las de otros procesos como la revolución china ‘25-‘27, el proceso revolucionario español, etc.). Parecería que su panorama de la situación europea se vuelve una postal estática de los años ‘21-‘22.

## REVOLUCIÓN SIN REVOLUCIÓN

Según Portantiero, la concepción gramsciana de la revolución sería la siguiente: “Impuesta por la concreta relación de fuerzas en situaciones donde los intercambios entre sociedad política y sociedad civil son equilibrados, la estrategia de la guerra de posiciones implica una modificación de los instrumentos clásicos de la acción política. El supuesto es que el poder no se ‘toma’ a través de un asalto porque no está concentrado en una sola institución, el Estado-gobierno, sino que está diseminado en infinidad de trincheras. La revolución es así un proceso social, en el que el poder se

19. Hajek sostiene, en el trabajo antes citado, que la posibilidad de triunfo de la insurrección era ínfima y considera la posición de Trotsky meramente “instrumental” en su lucha contra la troika. Sin embargo, el peso que la derrota del KPD tuvo en la situación europea posterior plantea que la decisión de no combatir tuvo un alto costo para la clase obrera, lo cual abona la postura de Trotsky de la necesidad de la insurrección.

conquista a través de una serie de crisis políticas cada vez más graves, en las que el sistema de dominación se va disgregando, perdiendo apoyos, consenso y legitimidad, mientras las fuerzas revolucionarias concentran crecientemente su hegemonía sobre el pueblo, acumulan fuerzas, ganan aliados, cambian, en fin, las relaciones de fuerzas”<sup>20</sup>.

Nuevamente la amalgama de la estrategia bolchevique con algún tipo de “putschismo”. En la lectura de Portantiero, que mezclaba en una misma matriz “insurreccionalista” sectaria leninismo y stalinismo, la III Internacional habría considerado que el poder no es una relación de fuerzas a ser modificada, sino una institución (el Estado gobierno) a ser tomada. Un argumento conocido para los lectores, porque se ha transformado en un auténtico sentido común de las corrientes antimarxistas, que han escuchado hasta el hartazgo los estudiantes de Ciencias Sociales: Lenin pensaba el poder como objeto, cuando el poder es una relación sujeto-objeto que se construye mientras caminamos preguntando.

Muy tierno, pero como ya somos hace rato mayores de edad y la fábula resulta un tanto *bizarra*, debemos recordar a los lectores que en *El marxismo y la insurrección* Lenin fundamentaba la posibilidad y necesidad de la toma del poder, no en la facilidad de asaltar la maquinaria burocrática gubernamental, sino en el *auge revolucionario de todo el pueblo*, lo cual quiere decir en una relación de fuerzas favorable al partido revolucionario y la vanguardia de la clase obrera. Comentamos de paso que si Portantiero, en vez de considerar a Trotsky un pintoresco sobreviviente del ‘17 se hubiera tomado el trabajo de estudiar con atención sus obras, no se le hubiera pasado de largo un capítulo de *Historia de la revolución rusa*, llamado “El arte de la insurrección”, en el cual Trotsky explicaba que la concepción insurreccionalista del marxismo se componía de la combinación de dos aspectos fundamentales: la conspiración organizada y el levantamiento autónomo de las masas. Porque la historia ha dado infinidad de situaciones, en las cuales se suceden “crisis políticas cada vez más graves, en las que el sistema de dominación se va disgregando, perdiendo apoyos, consenso y legitimidad, mientras las fuerzas revolucionaras concentran crecientemente su hegemonía sobre el pueblo, acumulan fuerzas, ganan aliados, cambian, en fin, las relaciones de fuerzas”. Pero puede suceder todo eso y aún así no triunfar la revolución. Porque entre una relación de fuerzas favorable y una victoria revolucionaria hay un trecho nada despreciable, que sólo puede recorrerse sin tropiezos con una dirección con una estrategia revolucionaria, capaz de ejercitar el arte de la insurrección. Veamos el caso del levantamiento catalán de 1936 contra el pronunciamiento de Franco. La clase obrera había tomado un control tal de Barcelona que, como dice Orwell, en ese entonces periodista en suelo español y luego miliciano del POUM, no sólo había mili-

20. J. C. Portantiero, op. cit., p. 88.

cias obreras patrullando las calles, sino que hasta las cajitas de los lustrabotas habían sido colectivizadas. El poder burgués se había quedado sin base de sustentación. Sin embargo, la negativa a tomar el poder por parte de los anarquistas, dejó en el gobierno al partido nacionalista pequeño-burgués. Un año después, los obreros catalanes volvían a levantarse, pero contra los stalinistas coaligados con la burguesía republicana, que pretendían hacer pasar el estrangulamiento de la revolución como la mejor forma de luchar contra Franco. La ausencia de una política decididamente orientada hacia la toma del poder, permitió al poder burgués reconstituirse con una máscara “popular”.

La interpretación de Portantiero, si bien se basa en elementos planteados por el propio Gramsci, se inserta en sus debilidades (fundamentalmente su visión estática de la relación posición-maniobra) para trazar una estrategia gradualista, similar a una nueva versión de la vieja estrategia de desgaste kautskiana, con filiaciones tercermundistas<sup>21</sup>. Es una lectura que diluye el problema de la lucha por el poder estatal que requiere de la acción insurreccional, acentúa la continuidad del progreso acumulativo y desdibuja el momento de ruptura revolucionaria. De esta forma, la acumulación de fuerzas se torna un fin en sí mismo y se transforma la preparación para la revolución en una progresión gradual, en la cual las fuerzas enemigas se desgastan y crecen las de los revolucionarios, con la consiguiente visión errónea de que el tiempo juega a favor de la revolución.

En ese sentido, Gramsci tiene un pensamiento de una profundidad mucho mayor cuando dice “En la guerra militar, logrado el fin estratégico, destrucción del ejército enemigo y ocupación de su territorio, se da la paz. Es preciso señalar, por otro lado, que para que concluya la guerra basta con que el fin estratégico sea alcanzado sólo potencialmente; o sea, basta con que no exista duda de que un ejército no puede combatir más y que el ejército victorioso ‘puede’ ocupar el territorio enemigo. La lucha política es enormemente más compleja. En cierto sentido puede ser parangonada con las guerras coloniales o con las viejas guerras de conquista, cuando el ejército victorioso ocupa o se propone ocupar en forma estable todo o una parte del territorio conquistado. Entonces, el ejército vencido es desarmado y dispersado, pero la lucha continúa en el terreno político y en el de la ‘preparación’ militar”<sup>22</sup>.

Una relación de fuerzas favorable no constituye de por sí un derrocamiento del poder burgués. Es necesario desalojar a la burguesía del poder estatal y eso sólo puede llevarse adelante derrotándola en el terreno político-militar, para que la nueva correlación de fuerzas pueda tornarse estable y permanente y se exprese en un nuevo tipo de Estado. Pero esto es imposible si se contra-

21. Para el debate sobre las diversas estrategias puestas a prueba en los procesos del siglo XX, ver Emilio Albamonte, “A propósito de la Revolución Rusa. Un debate de estrategias”, en *La Verdad Obrera* N° 271, 29/11/2007, versión electrónica en [www.pts.org.ar](http://www.pts.org.ar).

22. Antonio Gramsci, “Lotta politica e guerra militare”, op. cit., p. 122.

pone la acumulación de fuerzas con la toma del poder. Ambos momentos son igualmente necesarios y no pueden ser soslayados con maniobras retóricas. Para utilizar una metáfora del “calendario ruso” podríamos decir que de tan cuidadoso de no confundir el poder con las instituciones gubernamentales, Portantiero se quedó en las puertas del Palacio de Invierno, lo cual no le impidió trasvasar luego las de la Casa Rosada.

### **PORTANTIERO Y LA “REVISIÓN” DE MAO: UNA GUERRA PROLONGADA... CONTRA EL PUNTO DE VISTA DE CLASE**

Dedicaremos un poco de atención al paralelismo trazado por Portantiero entre la “revisión” realizada por Gramsci y la realizada por Mao, porque tiene una funcionalidad concreta. En primer lugar, debemos señalar que Gramsci y Mao comparten sólo parcialmente coordinadas ideológicas y políticas, dado que entre Gramsci y Mao está la stalinización de la IC. Gramsci es un marxista de la III Internacional en los años previos a su completa stalinización, que tiene un punto de vista semi-etapista sobre la revolución en los países periféricos, no muy distinto del predominante en la III Internacional. No es stalinista, resiste al stalinismo, en particular al “tercer período”, pero tampoco capta la dimensión del fenómeno de la burocratización. Mao defiende una estrategia stalinista de revolución por etapas, aunque mantuvo diferencias políticas con Stalin. Mao es un firme partidario de la división tajante entre la revolución en las colonias, en las que sostiene una política de conciliación de clases y en los países centrales, en los que plantea una larga lucha legal sindical y parlamentaria hasta estar en condiciones de tomar el poder<sup>23</sup>.

Al igual que Gramsci para Italia, Mao intenta analizar las particularidades de la sociedad China. Tanto la concepción de la guerra de posiciones como la de la guerra popular prolongada comparten una perspectiva de largo aliento para la lucha revolucionaria. Y de alguna forma, la guerra prolongada es, en el terreno político, una guerra de posiciones. Pero desde el ángulo militar, Mao sostiene la inutilidad de la guerra de posiciones desde el punto de vista estratégico para la guerra revolucionaria china. Su estrategia es de guerra prolongada, su táctica es la guerra de movimiento, su método la guerra de aniquilamiento<sup>24</sup>.

Gramsci pone el eje de sus reflexiones en Europa Occidental y la primacía de la guerra de posiciones no necesariamente se aplica al mundo colonial y semicolonial. En este sentido, Mao podría ser “gramsciano” en occidente y Gramsci “maoísta” en China.

Sin embargo hay dos diferencias sustanciales: En el caso de Gramsci el uso de términos tomados del arte militar combina lo conceptual con lo metafó-

23. Mao Tse tung “La revolución china y el Partido Comunista de China”, *Obras Escogidas*, Tomo II, Pekín, Ediciones en lenguas extranjeras, 1976, pp. 315-46.

24. Mao Tse Tung, “Problemas estratégicos de la guerra revolucionaria de China”, *Obras Escogidas*, Tomo I, Pekín, Ediciones en lenguas extranjeras, 1976, pp. 193-274.

rico y no implica la reducción de la política a la guerra. La guerra de posiciones es una “guerra” en la cual el momento “político-militar” es fundamental pero subordinado a la lucha política. Por el contrario, para Mao, la forma específica de la lucha de clases china es la guerra<sup>25</sup>. Para Gramsci, el sujeto de la revolución es la clase obrera, para Mao lo es el campesinado dirigido por el partido con el punto de vista de la clase obrera, lo cual supone que un aparato burocrático con un programa de conciliación de clases reemplaza al sujeto efectivo de la revolución social. Es difícil entender que Portantiero califique este sustituirismo burocrático como “no jacobinismo”.

Los análisis de Gramsci sobre China son más confusos que los de Mao, pero tienen más un tono de “viejo bolchevismo” (revolución democrático-burguesa contra la propia burguesía) que de etapismo stalinista consciente como los de Mao. Sin embargo, lo central de la comparación viene por otro lado. En efecto, esta filiación dice más por lo que da por supuesto que por lo que declara. Porque la principal “revisión” hecha por Mao de la estrategia bolchevique es su transformación en una estrategia de conciliación de clases con la burguesía nacional. La operación de ligar a Gramsci con Mao cumple la función de hacerle dar a Gramsci el paso que no dio, en un contexto por demás difícil: abrazar una estrategia de colaboración de clases, como la que defendieron los gramscianos argentinos para América Latina.

### III

## GUERRA DE POSICIONES EN EL “CAPITALISMO PERIFÉRICO”

### UNA LECTURA “POLITICISTA” DE LA HISTORIA LATINOAMERICANA

Hemos dicho que las condiciones del exilio mexicano impusieron a los “gramscianos” argentinos la necesidad de la reflexión desde la derrota. Un pilar de dicha reflexión son las posiciones de Portantiero antes señaladas. La otra operación teórica destacada es aquella destinada a establecer una relación “no societalista” entre Estado y sociedad, que a su vez permitiera transformar la categoría de nacional-popular en la clave para ampliar el “bloque histórico” más allá de los clivajes de clase, hasta incluir a las corrientes de la democracia burguesa.

En primer lugar, Portantiero resaltaba la importancia del concepto de “capitalismo periférico” con que Gramsci definía a los países europeos de desarrollo capitalista más rezagado, como Italia, España y Portugal. Señalaba que el concepto era aplicable a países como la Argentina y otros países latinoamericanos. En este sentido, América Latina era una particular forma

25. Mao Tse Tung “Problemas de la guerra y la estrategia”, *Obras Escogidas*, Tomo II, op. cit., pp. 225-42.

de “Occidente”: ‘Occidente, en sentido clásico, sería aquella situación en la que la articulación entre economía, estructura de clases y Estado asume forma equilibrada, como anillos entrelazados de una totalidad. Se trata de un modelo fuertemente societal de desarrollo político, en el que una clase dominante nacional integra el mercado, consolida su predominio en la economía como fracción más moderna y crea el Estado [...] Pero Gramsci permite pensar otro tipo de situación ‘occidental’, aquella en la que, a diferencia de ‘Oriente’, puede hablarse de formas desarrolladas de articulación orgánica que rodean, como un anillo institucional, al Estado, pero en la cual la sociedad civil así conformada, aunque compleja, está desarticulada como sistema de representación, por lo que la sociedad política tiene una influencia enorme en la configuración de los conflictos, modelando de algún modo a la sociedad, en un movimiento que puede esquematizarse como inverso al del caso anterior. Aquí, la relación economía, estructura de clases, política, no es lineal sino discontinua”. “Estos países, Argentina, Brasil, Colombia, Chile, México, Uruguay y [...] Venezuela, unificados entre sí a partir de un proceso de industrialización, conforman sistemas hegemónicos específicos, caracterizados por el modo particular de articulación entre sociedad y Estado. Comparables por su tipo de desarrollo, diferenciables como formaciones históricas ‘irrepetibles’, estos países tienen aún en ese nivel rasgos comunes: esa América Latina no es ‘Oriente’, es claro, pero se acerca mucho al ‘Occidente’ periférico y tardío. Más claramente aún que en las sociedades de este segundo ‘Occidente’ que se constituye en Europa a finales del siglo XIX, en América Latina son el Estado y la política quienes modelan a la sociedad, pero un estado –y he aquí una de las determinaciones de la dependencia– que si bien trata de constituir la comunidad nacional no alcanza los grados de autonomía y soberanía de los modelos ‘bismarckianos’ o ‘bonapartistas’”<sup>26</sup>.

El análisis de América Latina como una combinación de “oriente” y “occidente” resulta muy productivo teóricamente para pensar las contradicciones de una formación económico-social en la que el desarrollo desigual y combinado no se expresa sólo como amalgama de formas arcaicas y modernas desde el punto de vista económico, sino también como relación discontinua entre estructura y superestructura política, con fenómenos como bonapartismos con base de masas, o regímenes democráticos más o menos estables sobre la base de una mayor penetración imperialista. Sin embargo, veremos que tanto Portantiero como Aricó hacían este análisis como parte de una operación ideológica tendiente a negar el punto de vista de clase.

Según Aricó, que en *La Cola del Diablo* retomó estos planteos, la izquierda (sin nombre y apellido) no había comprendido que en América Latina, el Estado no había surgido como una consecuencia de las relaciones de clase capitalistas, sino que había tenido un rol autónomo, dándose un proceso de

26. J. C. Portantiero, op. cit., pp.143/4.

“revolución pasiva” en el cual el Estado, jugando un rol autónomo respecto de las clases, había sido el principal actor, junto al capital extranjero, de los procesos de modernización: “Constreñida por su visión societalista a colocar siempre en un plano casi excluyente de los demás la estructura de clases y las relaciones que de allí arrancan, la izquierda de tradición marxista se rehusó a reconocer y admitir la funcionalidad específica de un Estado que, en ausencia de una clase nacional, operaba como una suerte de Estado ‘puro’, arrastrando a la sociedad al cambio y fabricando desde la cúspide a la clase dirigente [...] no estaba en condiciones de observar y de aprovechar en su beneficio los procesos de modernización a los que las sociedades latinoamericanas estuvieron sometidas a partir de la crisis de 1930. Y es en torno a las formas nuevas de articulación entre sociedad y Estado en países de industrialización tardía y ‘postrera’ como la Argentina, el Brasil, Colombia, Chile, México y Uruguay, donde el pensamiento de Gramsci parece poder expresarse en ‘lenguas particulares’ concretas transformándose, de tal modo, en un estímulo útil, en un instrumento crítico capaz de dar cuenta de los pliegues más complejos de lo real”<sup>27</sup>.

Para Aricó y Portantiero, la primacía de la política estatal por sobre las determinaciones de clase se expresaba a su vez en que las clases sociales se conformaron cruzadas por estos procesos de “revolución pasiva”. En lugar de un desarrollo económico-social “clásico” que daría lugar a la división burguesía-proletariado, la centralidad del Estado en los procesos de modernización tardía, habría constituido otras formas de “voluntad nacional-popular” no analizables en estrictos términos de clase. En ese sentido, tanto Aricó como Portantiero señalaban que la clase obrera del subcontinente sólo podía comprenderse como parte de los movimientos nacionales surgidos en los años ‘30 y ‘40, cuya superación orgánica implicaba una participación al interior de los mismos: “El nudo del problema es que las clases populares se constituyen históricamente como tales con un peso marcado de elementos ideológicos y políticos, dentro de sociedades desarticuladas por los fuertes criterios de exclusión que pusieron en vigencia desde un principio las clases dominantes. En estas condiciones la movilización popular ha sido siempre la única garantía para que los sectores medios quebraran las barreras de aislamiento levantadas por las ‘oligarquías’ [...] Esa movilización nacionalista y popular [...] no sólo es un capítulo de la historia de las burguesías: expresa también la experiencia, las tentativas de identificación de las clases populares que acumulan así características de clases históricamente ‘situadas’ y no de una masa de cera virgen, apta para ser moldeada desde afuera [...] Por supuesto que esta configuración particular de las clases populares no es un dato fatalista, tal como lo piensan los ideólogos nacionalistas. Pero es un punto de partida inevitable para todo proceso de superación política”<sup>28</sup>.

27. José Aricó, *La cola del diablo*, Bs. As., Puntosur, 1988, pp. 91/2.

28. J.C. Portantiero, op. cit., p.149.

En esto consistiría la especificidad latinoamericana. La sociedad civil es más compleja que en Oriente, por lo que se plantea la estrategia de guerra de posiciones. Pero la primacía del Estado por sobre el desarrollo orgánico de las clases, hace inviable una política “clasista”. En este contexto de primacía de la política estatal y penetración del capital extranjero, el antagonismo de clase no tiene las características clásicas que tiene en Occidente, la clase obrera y los sectores populares se constituyen como parte de movimientos nacionalistas. Por lo que la guerra de posiciones debe partir de esa centralidad de lo nacional, es decir asumir una política de conciliación de clases, para de forma gradual ir volviéndose crecientemente socialista, acorde con la experiencia de los sectores subalternos. En este sentido, Aricó resaltaba la importancia de la categoría de “nacional-popular”, que permitiría valorar correctamente la experiencia de la clase obrera como parte de los movimientos nacionales latinoamericanos, que expresaban formas históricamente concretas de una “voluntad colectiva nacional-popular” a través de una articulación política populista que dejaba en segundo plano las contradicciones de clase.

La polémica abarca dos cuestiones fundamentales: ¿hay una especificidad latinoamericana en los términos planteados por Aricó y Portantiero? En ese caso, ¿de esa especificidad se desprende una política gradualista que vaya desde el nacionalismo al socialismo? Primero debemos señalar que no es cierto que las clases obreras del continente hayan surgido junto con los movimientos populistas y como parte de ellos. La clase obrera en Chile, Brasil, Uruguay y Argentina tuvo una fuerte tradición clasista en sus orígenes, tradición que los movimientos populistas y nacionalistas combatieron, muy concientes de su existencia. Pero aún si hiciéramos de cuenta que Portantiero y Aricó no negaron la historia de la clase obrera previa al surgimiento de los populismos, tendríamos que señalar que sus análisis sobre las condiciones de este surgimiento olvidan otros aspectos del proceso histórico concreto. Para abordar estos problemas, retomaremos los análisis de Trotsky sobre el fenómeno del bonapartismo *sui generis* en América Latina, que son una clave de interpretación fundamental contraria a la visión mecanicista criticada por Aricó: “En los países industrialmente atrasados el capital extranjero juega un rol decisivo. De ahí la relativa debilidad de la burguesía nacional en relación al proletariado nacional. Esto crea condiciones especiales de poder estatal. El gobierno oscila entre el capital extranjero y el nacional, entre la relativamente débil burguesía nacional y el relativamente poderoso proletariado. Esto le da al gobierno un carácter bonapartista *sui generis*, de índole particular. Se eleva, por así decirlo, por encima de las clases. En realidad, puede gobernar o bien convirtiéndose en instrumento del capital extranjero y sometiendo al proletariado con las cadenas de una dictadura policial, o maniobrando con el proletariado, llegando incluso a hacerle concesiones, ganando de este modo la posibilidad de disponer de cierta libertad en relación a los capitalistas extranjeros”<sup>29</sup>. Trotsky, sin

29. León Trotsky, “La industria nacionalizada y la administración obrera”, en *Escritos Latinoamericanos*, Bs. As., CEIP, 2007, p.170.

conocer especialmente la historia latinoamericana, señala que el peso del capital extranjero y la consiguiente debilidad de la burguesía nacional en relación con la clase obrera crean “condiciones especiales de poder estatal”, una tendencia a un bonapartismo de índole particular. El análisis de Trotsky, si bien no puede trasladarse mecánicamente a la historia previa a la existencia de la clase obrera del subcontinente, es interesante para analizar los límites de la lectura de los gramscianos.

Para Portantiero y Aricó, está en primer lugar la autonomía del Estado y recién establecida esta primacía de la política estatal por sobre una estructura de clases borrosa, hace su aparición el capital extranjero. Pero como atestigua la historiografía argentina en todas sus versiones, el capital extranjero gozaba de una importante capacidad de acción en el subcontinente *antes y no después* de la constitución de los modernos Estados latinoamericanos. Al sobrevalorar uno sólo de los actores (el Estado “puro”), exagerando su “autonomía” respecto de las determinaciones estructurales, la lectura de Portantiero y Aricó tiende a separar el aspecto nacional de sus relaciones con los fenómenos internacionales, concretamente con la conformación de la economía mundial y de esa forma asignar la misma “desagregación” a todas las clases y sectores de clase.

Porque el capital extranjero inhibió el desarrollo de una clase capitalista nacional con un interés estratégico propio, pero concentró a la clase obrera autóctona en los centros urbanos y de producción, lo cual tomaba Trotsky como un dato central a la hora de comprender los “populismos” latinoamericanos y su orientación hacia las masas. En este sentido, la primacía del punto de vista nacional por sobre el internacional lleva a falsas conclusiones. De la primacía del Estado por sobre las clases, se desprende la debilidad de la clase obrera y la inviabilidad del clasismo, negando de antemano la posibilidad de una experiencia de radicalización de la clase obrera. En este caso, la “autonomía de la política” termina actuando como una suerte de determinismo invertido, una visión “politicista” que oscurece la real comprensión de la estructura de clases y sus contradicciones.

### **EL GRADUALISMO APLICADO A LA SUBJETIVIDAD DE LA CLASE OBRERA**

A contramano de su propia filiación histórica con la lucha fabril cordobesa, que en su momento analizaron con las herramientas de Gramsci, Portantiero y Aricó caricaturizaron a “la izquierda” diciendo que su miopía clasista le impedía comprender la real experiencia de los trabajadores. Sin embargo, Portantiero y Aricó, englobando toda la experiencia setentista en la de la organización Montoneros pasaron por alto los procesos de organización obrera clasista y la intensa experiencia de las coordinadoras interfabriles. De aquí que Portantiero, que atribuyera la derrota de los ‘70 a un “avance precoz de las fuerzas revolucionarias”, no cuestionaba para nada la estrategia de conciliación de clases de la izquierda peronista. De hecho, la idea de que desde la identidad peronista

surgiría una corriente socialista, fue señalada antes por la izquierda peronista que por Portantiero. Lo que Portantiero agrega es una mirada gradualista del proceso de “superación orgánica” del populismo.

En la perspectiva de Trotsky, los rasgos característicos de los “populismos latinoamericanos” eran producto de una combinación peculiar establecida entre el imperialismo, la burguesía autóctona y la clase obrera. En este marco, Trotsky señalaba que la adhesión al nacionalismo de la clase obrera era un dato fundamental: “Creo que nuestros camaradas, en México y fuera de él, tratan de manera abstracta, en lo que concierne al proletariado, e incluso a la historia en general, de saltar, ya no con las masas por encima de ciertas etapas, sino por encima de la historia en general, y sobre todo por encima del desarrollo del proletariado. La clase obrera de México participa y no puede más que participar en el movimiento, en la lucha por la independencia del país, por la democratización de las relaciones agrarias, etc. De este modo, el proletariado puede llegar al poder antes que la independencia de México esté asegurada y las relaciones agrarias reorganizadas. Entonces, el gobierno obrero podrá volverse un instrumento de resolución de estas cuestiones”<sup>30</sup>.

Es decir, Trotsky partía de la adhesión al nacionalismo de los trabajadores como un dato insoslayable a la hora de hacer política, pero para trazar una política independiente (independencia de los sindicatos, control obrero de las industrias nacionalizadas, partido revolucionario independiente de la dirección nacionalista). En la posición de Trotsky, la reflexión sobre el bloqueo de la revolución proletaria por los “movimientos nacionales” iba acompañada de la formulación de una política independiente de los mismos desde un punto de vista marxista revolucionario, lo cual está ausente de los análisis de Portantiero y Aricó.

En la “foto” de la adhesión de los obreros al nacionalismo de los gramscianos, no entran los procesos de radicalización que vivió la clase obrera del subcontinente, los cuales tendieron a dividir crecientemente la sociedad sobre líneas de clase. Por el contrario, Portantiero y Aricó asignaban a las masas el populismo y a los grupos armados la radicalización, que de esta forma no habría sido oportuna.

## IV

### DESPUÉS DE LA DERROTA

#### UNA LECTURA INOFENSIVA DE LA HEGEMONÍA

La derrota de los ‘70 implicó para los gramscianos argentinos un cambio cualitativo en cuanto al contenido de sus apuestas políticas. Si bien su horizonte de revolución siempre estuvo cruzado por una perspectiva estra-

30. León Trotsky, “Discusión sobre América Latina”, en *Escritos Latinoamericanos*, op. cit., p. 135.

tégica de matriz frentepopulista, no es lo mismo luchar por la revolución aunque sea con una estrategia incorrecta, que defender la integración en la democracia burguesa. Los '80 fueron, en este sentido, los años de "vuelta al redil" de la democracia, que nunca debía haberse abandonado. Habiendo sido derrotado el ascenso obrero y popular y con él las corrientes políticas que lo hegemonizaron, se impuso entre los intelectuales latinoamericanos una lectura más prudente del pensamiento de Gramsci, que resaltara todos sus aspectos de cambio gradual y transformación cultural, aún a costa de reinterpretar sus posiciones desde proyectos políticos opuestos por el vértice al de Gramsci. Esa lectura es la que más se difundió.

Uno de los resultados más destacados de este proceso es la aparición de una concepción de la hegemonía sin determinación de clase, o transformación de la teoría de la hegemonía en una teoría del consenso democrático, que predomina hasta la actualidad y es sinónimo de Gramsci en el sentido común del estudiante y el docente universitario. En este sentido, Aricó hablaba de un "cambio de funcionalidad del marxismo" o de un proceso de "secularización" del mismo: "Las ideas de Gramsci forman parte de una propuesta más general de renovación de la cultura política de la izquierda socialista, que aspira a restituirle su capacidad perdida de dar cuenta de fenómenos reales de la sociedad y que arranque, por lo tanto, de las experiencias, tradiciones y luchas concretas de una pluralidad de sujetos para los cuales tienen una significación concreta los ideales de libertad y de igualdad que defienden el socialismo". Desde aquí, Aricó, citando a Lechner, reivindicaba los distintos intentos teóricos, entre los que se incluía, de "actualizar esa tradición [se refiere al marxismo, N. de R.] como punto de partida para pensar la transformación democrática de la sociedad"<sup>31</sup>.

A veinte años de la publicación de *La Cola del Diablo*, las ilusiones en la "transformación democrática de la sociedad" argentina, pasaron por una profunda crisis (19 y 20 de diciembre de 2001) para recomponerse luego de cerrada la "crisis orgánica" abierta en ese momento. El proceso de "secularización" del marxismo del que habla Aricó resultó ser en realidad el de la construcción de un nuevo misticismo "democrático". Ese misticismo se basaba en la creencia de que limar el potencial revolucionario de la teoría marxista, nadando con la corriente, daría buenos y nuevos frutos de un marxismo pretendidamente "laico", es decir, compatible con diversos proyectos políticos burgueses.

En este sentido, ya Aricó anticipaba una interpretación que cobró mayor fuerza unos años después: "El concepto gramsciano de hegemonía, aquello que [...] lo transforma en un punto de ruptura de toda la elaboración marxista que lo precedió, es el hecho de que se postula como una *superación* de la noción leninista de alianza de clases en la medida en que privilegia la constitución de sujetos sociales a través de la absorción y desplazamiento de posi-

31. José Aricó, *La Cola del diablo*, op. cit., p. 115.

ciones que Gramsci define como ‘económico-corporativas’ y por tanto incapaces de devenir Estado<sup>32</sup>. Para Aricó, la “superación de la noción leninista de alianza de clases” consistía en elaborar una concepción de la hegemonía como abandono del interés de clase a través de diversos movimientos que se articulan en el marco de la democracia, porque: “una izquierda moderna [...] no puede dejar de plantearse el problema de que siendo la democratización desde abajo una forma eficaz de actividad popular, *es o puede ser* una amenaza presente o potencial para la estabilidad de las instituciones democráticas si no se incluye en alguna forma de voluntad colectiva<sup>33</sup>”.

Raúl Burgos, que ha escrito un trabajo exhaustivo y muy bien documentado sobre la experiencia de Pasado y Presente, pero con deplorables conclusiones políticas (algunas de las cuales hacen incluso dudar del nivel de lectura de los diarios del autor), considera un viraje teórico novedoso el redescubrimiento de la democracia por parte de Aricó y Portantiero, y sostiene que aunque en Gramsci el concepto de hegemonía era inseparable de la centralidad de la clase obrera como sujeto revolucionario, “Lo que Gramsci ofrece es una nueva lógica para pensar la cuestión, que posibilita su extensión para una *teoría general de la hegemonía* que no necesite sustentar la centralidad de ningún sujeto privilegiado. Ésta será, por ejemplo, la propuesta de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe<sup>34</sup>”.

Sin embargo, es absolutamente falso que esa operación se desprenda lógicamente de las elaboraciones de Gramsci. Es cierto que Gramsci opone la hegemonía al interés corporativo de la clase obrera, como comentábamos a propósito de la NEP. Hemos señalado que en la discusión sobre la política de Stalin y Bujarin, Gramsci cometió un grueso error político. Sin embargo esto debe ser separado de la premisa correcta en términos teóricos de que *el interés del Estado obrero*, puede contraponerse en determinadas situaciones al interés de la *clase obrera* corporativamente entendido, con la salvedad que hacía Lenin de que la clase obrera tuviera sus propias organizaciones para a su vez defenderse del Estado obrero, afectado de graves deformaciones burocráticas, aún antes de la stalinización.

En términos teóricos, Gramsci definía la hegemonía como el momento en que “se logra la conciencia de que los propios intereses corporativos, en su desarrollo actual y futuro, superan los límites de la corporación, de un grupo puramente económico y pueden y deben convertirse en los intereses de otros grupos subordinados. Esta es la fase más estrictamente política, que señala el neto pasaje de la estructura a la esfera de las superestructuras complejas; es la fase en la cual las ideologías ya existentes se transforman en ‘partido’, se confrontan y entran en lucha, hasta que una sola de ellas, o al menos una sola combinación de ellas, tiende a prevalecer, a imponerse, a difundirse por toda

32. *Ibíd.*, p. 86.

33. *Ibíd.*, p. 116.

34. Raúl Burgos, *op. cit.*, pp. 264/5.

el área social; determinando además de la unidad de los fines económicos y políticos, la unidad intelectual y moral, planteando todas las cuestiones en torno a las cuales hierve la lucha, no sobre un plano corporativo, sino sobre un plano ‘universal’ y creando así la hegemonía, de un grupo social fundamental, sobre una serie de grupos subordinados”<sup>35</sup>.

En la visión de Gramsci, la hegemonía supone la superación del estadio económico-corporativo del desarrollo de la clase dirigente, supone su elevación a clase nacional (como planteaba Marx en *El 18 Brumario*) y la aglutinación de los sectores populares en torno al programa de la clase que logra elevar sus intereses a intereses del conjunto de los sectores aliados, “no sobre un plano corporativo, sino universal”. Esto quiere decir que el interés de esa clase debe coincidir a su vez con el “interés nacional”, lo cual es imposible si el grupo en cuestión no es un “grupo social fundamental”.

Sea cuando piensa la dominación burguesa en la historia italiana o la hegemonía en la URSS, siempre para Gramsci la posibilidad de la hegemonía descansa en la existencia de una clase social fundamental. Por este motivo, la teoría de la hegemonía supone la de la centralidad de la clase obrera. Porque si la hegemonía es la articulación por la democracia de las demandas parciales de subjetividades en igualdad de condiciones, el único que “hegemoniza”, elevándose como instancia “universal” es el Estado, que por su parte consiste en el monopolio de la fuerza para defender la propiedad privada. O sea que el “reduccionismo clasista”, supuestamente dejado de lado, vuelve por la ventana postmarxista, pero ya no como centralidad de la clase obrera sino como aceptación de la burguesía como clase dominante. Es una lectura inofensiva de la hegemonía, ya que desplaza el eje de la confrontación contra el capital hacia la ampliación de la democracia a través de movimientos con demandas particulares, asimilables por el capitalismo. Por este motivo, solamente destruyendo las bases del pensamiento gramsciano, se puede presentar a Gramsci como un precursor del posmarxismo y de la izquierda democrática<sup>36</sup>.

## V

### A MODO DE CONCLUSIÓN

El destino de los miembros del grupo de *L'Ordine Nuovo* podría ser también una metáfora del devenir del pensamiento gramsciano y sus interpretaciones. Mientras Gramsci estuvo preso, Togliatti se transformó en un fiel funcionario del stalinismo y luego de la Segunda Guerra Mundial degradó el pensamiento gramsciano hasta convertirlo en un pasaporte para la

35. Antonio Gramsci, “Analisi delle situazioni: rapporti di forza”, *Cuaderni del Carcere*, op. cit., p.1584.

36. No pretendemos aquí hacer una crítica de las teorías postmarxistas, sino cuestionar la ligazón que traza Burgos entre Gramsci y dichas teorías. Nos interesa en este sentido

“vía italiana al socialismo”. Pero Pietro Tresso y otros compañeros de Gramsci conformaron la Nueva Oposición Italiana. Frente a la creciente stalinización del PC italiano, los que querían conservar dialécticamente aquello de revolucionario que tenía el pensamiento de Gramsci, tuvieron que acercarse a Trotsky. Esta divisoria de caminos del núcleo de *L'Ordine Nuovo* entre el stalinismo y el trotskismo es un indicio de que el “gramscismo” no constituye de por sí una estrategia de la misma jerarquía que las que componen la disyuntiva revolución por etapas o revolución permanente.

En situaciones de derrota, la reflexión acerca de qué fue lo que falló, es central para aprender de los propios errores. Sin embargo, está también la posibilidad de confundir los tantos. No es lo mismo analizar críticamente la falta de preparación para la revolución en el período precedente, que deducir de la misma la incorrección de la estrategia revolucionaria. No es lo mismo ver la situación defensiva de la clase obrera como la única posible por un largo tiempo, que analizar la situación de retroceso como un momento de preparación para la próxima ofensiva y actuar en consecuencia. En términos más precisos, no es lo mismo poner de relieve las implicancias estratégicas de ciertas readecuaciones tácticas que transformar esas readecuaciones en una nueva estrategia. Estos problemas son los que plantea la lectura de Gramsci. Su visión de la guerra de posiciones se hace más ajustada a la realidad en momentos de retroceso de la clase obrera, pero es insuficiente para pensar un proceso de conjunto que incluya un desarrollo de la defensiva a la ofensiva, aunque no descartaba ese desarrollo como posibilidad teórica.

Las interpretaciones de Gramsci que hemos comentado se insertan en sus aspectos más débiles o ambiguos para trazar una estrategia reformista. De “guevaristas togliattianos” a consejeros o defensores del alfonsinismo, los gramscianos argentinos buscaron tener a la cola del diablo de su parte, pero terminaron atados a la cola de la burguesía. Por eso, a la experiencia de Pasado y Presente se aplica muy ajustadamente la reflexión de Gramsci: “La burguesía no logra educar a sus jóvenes (lucha de generaciones): los jóvenes se dejan atraer culturalmente por los obreros y por añadidura se hacen (o buscan hacerse) sus jefes (deseo inconsciente de realizar ellos la hegemonía de la propia clase sobre el pueblo), pero en las crisis históricas vuelven al redil. Este fenómeno ‘de grupos’ no se verifica solo en Italia: también en los países donde la situación es análoga, ha habido fenómenos análogos”<sup>37</sup>. Lo que supera la analogía entre el transformismo clásico de la unificación italiana y el de los gramscianos argentinos frente al alfonsinismo, es que éstos últimos pretendieron valerse de Gramsci para disfrazar el transformismo como lucha por la hegemonía.

discutir la interpretación de Burgos sobre Gramsci más allá de si su lectura del postmarxismo es burda o sofisticada. Remitimos a los lectores al trabajo de Claudia Cinatti “La impostura postmarxista”, en *Estrategia Internacional* N° 22, septiembre de 2003 para una crítica más fundamentada y profunda de dicha corriente.

37. Antonio Gramsci, “La formazione della classe intellettuale italiana”, op. cit., pp. 396/7.

Si, como dice Gramsci, la revolución pasiva era una forma de diplommatización de la revolución y el transformismo una de las formas de la revolución pasiva, la deriva transformista de Pasado y Presente trajo consigo una creciente diplommatización del horizonte de la revolución, hasta perderla de vista en los pliegues de la democracia burguesa. De esta forma, diplommatizaron también al propio Gramsci.

Contra la lectura predominante, buscamos ejercitar una lectura del pensamiento de Gramsci en clave revolucionaria. Para ahondar en las posibilidades de tal lectura, debemos señalar que *hay en Gramsci una contradicción entre los límites de sus hipótesis estratégicas y la productividad y riqueza de su teoría política*. La teoría política de Gramsci permite pensar problemas no tratados en igual profundidad por otras corrientes marxistas. Esto quiere decir que los límites de las concepciones de Gramsci en el terreno de la estrategia, no impiden que haya hecho aportes sustantivos a la teoría marxista, en especial a una teoría marxista de la política. En este contexto debemos señalar que la teoría de Gramsci es fundamental para analizar ciertos procesos en los que se pone en juego una relación “discontinua” (al decir de Portantiero) entre los elementos económicos y políticos. Hemos dado cuenta en la revista *Estrategia Internacional* de la productividad de los análisis de Gramsci sobre la *revolución pasiva* para comprender procesos como el *boom* de la postguerra o la creación de Estados obreros burocratizados en el Este de Europa a la salida de la Segunda Guerra<sup>38</sup>.

Las elaboraciones de Gramsci a propósito de la *crisis orgánica* permiten dar cuenta de situaciones que combinan las crisis económicas con la descomposición de la autoridad estatal frente a la todavía insuficiente capacidad de la clase obrera de dar una salida revolucionaria. Justamente en ese hiato entre lo avanzado de la crisis y la relativamente rezagada subjetividad de la clase obrera y los sectores populares, se inserta la posibilidad de la revolución pasiva, como forma de expropiación de las demandas populares por la clase dominante, ante la iniciativa desagregada de las masas. Estos elementos de teoría política permiten comprender procesos como la crisis argentina a partir del 2001 y la posterior *pasivización* (expropiación de los reclamos populares desde arriba, sin introducir cambios de magnitud aún dentro del marco burgués, por lo cual no se lo puede calificar de “revolución pasiva”) impuesta por el kirchnerismo, que logró retirar a las masas de las calles para imponer un sentido común de cambio desde arriba. La situación particular del capitalismo semicolonial argentino, en el cual los últimos acontecimientos de la política nacional han puesto de relieve tanto el inicio de un enfrentamiento al interior de la clase dominante como la crisis de representación política de las capas medias urbanas, como parte de una crisis del régimen de partidos sólo resuelta parcialmente con la recomposición del PJ, vuelve a Gramsci un gran interlocutor teórico para los trotskistas.

38. Ver Emilio Albamonte y Manolo Romano, “Trotsky y Gramsci...”, op. cit.

Gramsci aporta también una mirada sugerente del desarrollo de la clase obrera, en la que articula las relaciones de fuerzas con el desarrollo de la subjetividad, uniendo el análisis tradicional de la temática estructura-superestructura con el problema de la constitución de la clase obrera como clase revolucionaria<sup>39</sup>. En el planteo de Gramsci se articula el desarrollo del enfrentamiento de clases con el crecimiento de la subjetividad de la clase obrera, que permite comprender la coexistencia de diferentes planos de las relaciones de fuerzas y diferentes niveles de conciencia en la clase obrera, lo cual es esencial para construir un pensamiento estratégico complejo por parte de quien se propone formar un estado mayor revolucionario. En este contexto, es de suma importancia la lucha teórica y política de Gramsci contra la ideología sindicalista, que limita el desarrollo de la lucha y la subjetividad de la clase obrera a un estadio que no cuestiona las relaciones sociales capitalistas<sup>40</sup>.

Contrariamente a los que imaginan a Gramsci como un teórico de la política sin determinación de clase, Gramsci remarca que los partidos son *nomenclaturas de clase* y que en ese sentido distintos “partidos” pueden ser parte del mismo partido *orgánico*, entendido éste como el que representa los intereses de una clase o grupo social fundamental. Esta distinción permite pensar cómo se unifican diversos sectores provenientes de distintas corrientes políticas burguesas, respondiendo a intereses de clase determinados. Si bien esta lectura se vuelve problemática al aplicarla al partido revolucionario, como expresión del conjunto de la clase obrera, es decir como partido único, se vuelve productiva a la hora de analizar los realineamientos de la política burguesa, tanto en situaciones de mayor unidad de las distintas facciones burguesas como en las de enfrentamientos iniciales o abiertos entre las mismas.

También consideramos muy productivas las elaboraciones de Gramsci sobre el rol de los intelectuales, porque dan cuenta de la relación de la intelectualidad con el desarrollo de las clases sociales fundamentales y a la vez destacan el carácter relativamente autónomo de esta capa social, asignando un rol a la ideología en la producción y reproducción de hegemonía. En este sentido, el trabajo que venimos desarrollando en *Lucha de Clases* alrededor de cuestiones como la identificación de los intelectuales ideólogos abocados a construir tradiciones político-culturales, la relación entre sus posiciones ideológicas y sus posicionamientos políticos, el análisis

39. Los conocidos análisis de Gramsci sobre “Estructura y Superestructura” y “Análisis de situaciones. Correlaciones de fuerza” comienzan como un solo fragmento en el Cuaderno IV, que luego se desarrolla en textos diferentes, pero la unidad original de ambas reflexiones da cuenta de la forma de abordar el problema, que intenta unir y a la vez distingue los aspectos del desarrollo objetivo y subjetivo.

40. Tomando estas elaboraciones de Gramsci hemos desarrollado la crítica del sindicalismo corporativo, a propósito de la huelga docente y la crisis provincial neuquina del año pasado. Ver Juan Dal Maso y Esteban Vedia, “Crítica del sindicalismo corporativo” en *Lucha de Clases* n° 7, junio 2007.

del derrotero de las generaciones de intelectuales de las que formaron parte, son otra forma de establecer un diálogo entre nuestra corriente y la teoría de Gramsci.

El hincapié puesto por Gramsci en la centralidad de la política contra todo tipo de fatalismo, confiado en las contradicciones sociales entendidas en forma mecánica, se expresa a su vez en la importancia que asigna a la preparación para la guerra en tiempos de paz, contra la superficialidad predominante en mayoría de las corrientes de izquierda.

Lo que une todos estos aspectos es un acuerdo fundamental entre los puntos de vista de Gramsci y Trotsky: la lucha por un nuevo tipo de Estado, lo cual exige poner la estrategia revolucionaria en el centro de la reflexión política y a su vez enriquecer la estrategia con los aportes de la teoría. Por eso, el diálogo con el pensamiento de Gramsci nos resulta productivo. De conjunto, la teoría política gramsciana es asimilable en muchos aspectos por la Teoría de la Revolución Permanente de Trotsky que rompe con una visión mecanicista y catastrofista del marxismo y por eso incorporamos parte de sus elaboraciones para complejizar el aparato conceptual del marxismo revolucionario, contra las operaciones teóricas que buscan transformar el pensamiento de Gramsci en un marxismo académico.

Para el marxista italiano, un partido que aporta e influye en la historia de la clase obrera y de su país, se constituye como una parte ineludible de la historia nacional, al punto de que leer la historia de un partido es leer la historia de ese país desde un punto de vista monográfico. En este contexto se inscribe la lucha por la creación de una tradición marxista revolucionaria en la Argentina y América Latina, que debe ser internacionalista por su punto de vista, pero nacional y continental a su vez en su capacidad de cuestionar las corrientes intelectuales predominantes en la tradición argentina y latinoamericana. Esa es la tarea que venimos desarrollando desde *Lucha de Clases*. Tarea para la cual necesitamos rescatar críticamente a Gramsci de los lugares comunes en los que ha sido confinado. Este trabajo es sólo un pequeño paso en esa dirección.

[Email: [juandalmaso@gmail.com](mailto:juandalmaso@gmail.com)]